

William James: Psicología y filosofía en diálogo

*Juan Padilla Moreno**

Universidad a Distancia de Madrid

Resumen

En el presente trabajo se hace un estudio del sentido que tienen la psicología y la filosofía en la obra de William James, así como de su articulación y relaciones mutuas, con el fin de arrojar luz sobre las cuestiones planteadas en el debate actual entre ambas disciplinas.

La unión de psicología y filosofía es frecuente en la época de James, que es la de la constitución de la psicología como ciencia. Sin embargo, James es el único en quien se dan unidos realmente un psicólogo y un filósofo de primera magnitud: principal representante probablemente del funcionalismo psicológico y del pragmatismo filosófico; alguien además en quien ambas disciplinas están estrechamente relacionadas. Por eso es especialmente importante su estudio.

Para la realización del mismo se han tenido en cuenta tanto las obras originales de James como los (escasos) estudios anteriores relacionados con el tema.

Palabras clave: William James; Psicología y filosofía; Voluntad.

Abstract

This paper explores the meaning of psychology and philosophy, their connection and mutual relations, in William James' work in order to clarify some of the key issues in the current debate between both disciplines.

In James' time —that of the constitution of psychology as a science— psychology and philosophy were hand in hand, very often united in the same person. But James is the only first-class original psychologist and philosopher, probably the most outstanding figure both of psychological functionalism and philosophical pragmatism. Moreover, he is someone in which these two disciplines are closely linked; and that makes this subject particularly important.

This paper will consider James' original works and the few previous studies on the topic.

Keywords: William James; Psychology and philosophy; Will

* Contacto: Teléfono: 638124946; Correo electrónico: <juan.padilla@udima.es>.

INTRODUCCIÓN

Como Ward, Flournoy, Wundt o Stumpf, William James fue psicólogo y filósofo. Era algo frecuente en su época, la de la constitución de la psicología como ciencia. Lo que no ha sido tan frecuente es que en una misma figura coincidan un psicólogo y un filósofo de primera magnitud; un psicólogo y un filósofo, además, que por muchos motivos sigue estando de actualidad.

En ambos campos la obra de James ha sido original, decisiva y duradera. Los *Principles of psychology* siguen siendo una obra de referencia, con visiones vivas y frescas a pesar del paso del tiempo. Y el pragmatismo, como filosofía, sigue dando que pensar y discutir.

En la obra de James, por otra parte, psicología y filosofía se encuentran en estrecha relación. No marchan independientes, ignorándose entre sí. Hay entre ellas un intenso diálogo, a menudo polémico. Y una voluntad de articulación que hace que existan íntimas conexiones entre pragmatismo y funcionalismo. Todo lo cual le confiere un carácter ejemplar en el diálogo entre la filosofía y las ciencias.

Repasaremos en primer lugar, como paso previo para la comprensión, su trayectoria biográfica. Veremos luego cómo se plantean en él temáticamente estas relaciones. Y acabaremos sacando alguna conclusión para el debate actual.

ENTRE DOS AGUAS

Se observa en la vida de James una oscilación continua entre la psicología y la filosofía, entre la atención a los problemas científicos y el interés por las cuestiones morales y metafísicas. Siente, por una parte, desde muy pronto, la llamada de los problemas radicales, que lo atrae ineludiblemente hacia la filosofía; y por otra, la imperiosa necesidad de atenerse a los hechos concretos, contrastables, que lo inclina hacia la ciencia natural y positiva, más ligada a la disciplina de la experiencia.

Aunque pueden señalarse en su vida dos etapas claramente diferenciadas (antes y después de los *Principles*), la primera dedicada preferentemente a la psicología y la segunda a la filosofía, lo cierto es que en ningún momento se dedicó de manera exclusiva a una sola de ellas.

Su vocación filosófica es clara, poderosa, probablemente preponderante ya desde sus años de juventud, como señala su discípulo y biógrafo Ralph Barton Perry: “Desde la adolescencia James se sintió fascinado y atormentado por los problemas últimos” (1935, I, p. 450). Y no está ausente durante la larga época de preparación y redacción de los *Principles*, de lo que es buena muestra su resultado. Sin embargo, también desde el principio, y hasta el final, se siente inclinado al cultivo de la ciencia: “A medida que se fueron desarrollando sus facultades se fue encontrando a gusto en

las ciencias, no por su técnica ni, menos aún, por sus pretensiones y negaciones, sino por su fidelidad a los hechos” (*Ibid.*). “Hubo”, concluye Perry, “cambios de énfasis, pero fueron más oscilatorios que cíclicos, sintomáticos más de una fatiga y hartazgo momentáneos que de un cambio fundamental de disposición” (*Ibid.*). Y aunque no cabe duda de que con la publicación en 1890 de sus *Principles of psychology* James siente cierto alivio y sus intereses y esfuerzos basculan decididamente hacia el lado de la filosofía, la verdad es que, a pesar de no publicar ya apenas sobre temas psicológicos, siguió durante bastante tiempo todavía enseñando psicología y siempre atento a sus nuevos planteamientos y debates¹.

La correspondencia con su amigo el también psicólogo y filósofo Carl Stumpf (en cierto modo un alma gemela) nos muestra tanto este basculamiento como la persistencia de ambos intereses. Así, por ejemplo, en 1899 le escribe: “Me temo que estoy dejando de ser un psicólogo y me estoy convirtiendo exclusivamente en un moralista y un metafísico. He pasado toda la docencia de la psicología a Münsterberg y a su ayudante, y la idea de la experimentación psicofísica y en general de la psicología hecha con aparatos y fórmulas algebraicas me horroriza” (Perry, 1935, II, p. 195). Y en 1907: “Me alegra que también tú te estés dedicando cada vez más a la metafísica, que es el único estudio digno del hombre: ¡la música y la metafísica!” (*Ibid.*, p. 203). Pero la prueba de que el interés por la psicología no lo abandonó nunca es que todavía el último año de su vida le escribía a mismo Stumpf: “En mi última obra [*The pluralistic universe*] me he alejado mucho de la psicología, pero espero volver a ella y retomar los cabos sueltos” (*Ibid.*, p. 204).

Probablemente la filosofía era su vocación más honda. “Uno tiene a menudo la sensación”, dice Perry, “de que la psicología era su esposa legal y la filosofía su amante preferida” (Perry, 1935, II, p. 37). Pero aunque así fuera, lo cierto es que James guardó, a su manera, fidelidad a las dos. ¿Cómo pudo James compaginar ambas lealtades?

UNA DOBLE LEALTAD

En la introducción a los *Principles of psychology* dice James (1950, I, pp. v-vi):

A lo largo del libro me he mantenido adherido al punto de vista de la ciencia natural. Toda ciencia natural da por supuestos ciertos datos de manera acríti-

1. “Tras la publicación de los *Principles* James experimentó sin duda una profunda sensación de alivio y el deseo de encontrar solaz en otros prados. Es verdad también que nunca volvió a escribir ningún artículo importante ni ningún libro sobre los problemas habituales de la psicología. (...) Pero sería un error suponer que, entonces o después, abandonó la psicología” (Perry, 1935, II, p. 125).

ca, y se abstiene de poner en cuestión los elementos entre los cuales rigen sus propias 'leyes' y a partir de los cuales obtiene sus deducciones. La psicología, ciencia de la mente finita e individual, da por supuestos como datos *los pensamientos y los sentimientos, y un mundo físico* en el tiempo y en el espacio, con el que coexisten y que *conocen*. Estos datos, por supuesto, son discutibles; pero su discusión (y la de otros elementos) es lo que se llama metafísica y cae fuera del ámbito de este libro.

James considera que para hacer ciencia positiva es menester plantarse en un determinado punto y firmar, por así decir, *una tregua*. Una tregua en la lucha permanente entre el afán de claridad completa y la tendencia a poner en duda los fundamentos, por una lado (es decir, la filosofía o metafísica), y la necesidad de construir teorías que puedan contrastarse con la realidad concreta (es decir, la necesidad de hacer ciencia), por otro. Una tregua que, como toda tregua, solo podía ser provisional.

Una tregua, además, que James nunca respetó. Y así los mismos *Principles* fueron criticados (por distintos autores evidentemente) tanto por haber pretendido separar la psicología de la filosofía (cosa todavía no generalmente aceptada) como por no haberse atendido a su compromiso.

James se propone en los *Principles*, personalmente y como exigencia general de su tiempo, posponer la filosofía hasta que la psicología haya realizado su tarea. Así, unas líneas más abajo, sigue diciendo en la citada introducción (James, 1950, I, p. vi):

Por supuesto, este punto de vista no es en absoluto definitivo. Los hombres tienen que seguir pensando; y los supuestos aceptados por la psicología, como los aceptados por la física y el resto de las ciencias naturales, han de ser revisados en algún momento. El esfuerzo por revisarlos con claridad y a fondo es la metafísica; pero la metafísica solo puede llevar a cabo bien su tarea una vez que ha tomado conciencia nítida de toda su amplitud. Una metafísica fragmentaria, irresponsable y solo a medias despierta, e inconsciente de que es metafísica, echa a perder dos cosas por sí buenas cuando se inyecta en la ciencia natural.

Pero el propio James reconoce su inconsecuencia y su fracaso, su incapacidad para aplazar las cuestiones metafísicas, e introduce la filosofía en los mismos *Principles*. Y al poco, en *A plea for psychology as a natural science* y en el *Briefer course*, ambos de 1892, trata de aclarar su postura.

¿Qué es una ciencia natural?, se pregunta en el primero de estos textos. Y contesta (James, 1920c, pp. 317-18):

Un mero fragmento de verdad desgajado de la totalidad de ella únicamente por razones de eficiencia práctica. *Divide et impera*. Toda ciencia particular, para llegar al nivel de detalle que le corresponde, tiene que aceptar un determinado número de supuestos y renunciar a dar cuenta de cuestiones que la mente humana seguirá planteándose al respecto. (...) Qué es el ‘mundo físico’ en sí mismo, cómo es posible que existan los ‘estados de conciencia’ y qué implica exactamente ‘conocer’ algo, son cuestiones que inevitablemente uno sigue planteándose; pero son cuestiones de las que tiene que dar cuenta la filosofía general, no la ciencia natural.

“Metafísica”, dice por su parte en el *Briefer course*, “significa solo un empeño inusualmente obstinado en pensar con claridad y coherencia. Las ciencias particulares manejan todas los datos que están llenos de oscuridad y contradicciones; pero desde el punto de vista de sus limitados fines dichos defectos pueden pasarse por alto. De ahí el uso despectivo tan común que se hace de la palabra ‘metafísica’” (James, 2001, p. 328).

Por eso la separación entre ciencia y metafísica, necesaria y benéfica para ambas por razones prácticas, económicas, solo podía ser provisional, preludio de una cooperación más intensa y fructífera. Los resultados de las ciencias, por un lado, tenían que aportar materia a los molinos del pensamiento filosófico, que de otro modo trabajaría en vacío, en vano. Y la metafísica, por otro lado, tenía que contribuir a la crítica y renovación de las ciencias; sobre todo cuando (como en el caso de la psicología, según James) se encuentran en una fase de inmadurez. “En la actualidad la psicología se encuentra en la situación de la física antes de Galileo y las leyes del movimiento (...)”, dice en el *Briefer course*. “Entretanto, el mejor modo en que podemos facilitar su advenimiento es comprender cuán grande es la oscuridad en la que andamos a tientas, y no olvidar nunca que los supuestos de la ciencia natural de los que hemos partido son provisionales y revisables” (James, 2001, p. 335). Y en “A plea for psychology as a ‘natural science’”: “Todavía no *tenemos* una ‘ciencia’ de la correlación de los estados mentales con los estados del cerebro; pero la determinación de las leyes de dicha correlación constituye el *programa* de una ciencia bien delimitada y definida. Y, por supuesto, cuando dicha ciencia se haya formado, el cuerpo entero de sus conclusiones será presa de la reflexión filosófica” (James, 2001, p. 324).

Lo cierto es que en James, ya en los mismos *Principles*, como hemos dicho, psicología y filosofía van siempre de la mano. Porque en el fondo estaba convencido de que la psicología solo podía alcanzar su emancipación y madurez científica con la ayuda de la filosofía. “Creía”, dice Perry, “que la filosofía era el único medio por el que la psicología podía alcanzar la misma emancipación de la filosofía que buscaba. En lugar de alcanzar esa emancipación previamente, James la introdujo en los *Principles*,

dando como resultado que su psicología, tal como está, es inseparable de su filosofía: en sus fuentes, sus conclusiones y su carácter inconcluyente” (Perry, 1935, II, p. 72).

Y la propuesta separación le va pareciendo cada vez más utópica. Así en 1900, en el prólogo a la traducción italiana de los *Principles*, escribe: “Confieso que durante los años que han pasado desde la publicación del libro cada vez me he convencido más de la dificultad de tratar la psicología sin introducir algo de verdadera y adecuada doctrina filosófica” (Perry, 1935, II, p. 75).

El afán por definir y aclarar las relaciones entre ciencia (en particular, psicología) y filosofía no es en absoluto exclusivo de James. Está presente en muchas de las mejores cabezas científicas y filosóficas de la época; muchas de las cuales eran amigos suyos: “Moduladas de muy diversas maneras, las cuestiones relativas a la mutua definición de filosofía y ciencia, y a la medida en que debían cooperar los científicos y los filósofos, se planteaban continuamente en los círculos culturales que James frecuentaba en Gran Bretaña, Francia y los territorios alemanes” (Bordogna, 2008, p. 34). Y seguirán planteándose durante varias generaciones. Porque es entonces cuando se inicia propiamente el *diálogo* entre ciencia y filosofía, que como tal, como he mostrado en otro trabajo ^(Padilla, 2010), no existía antes, ni podía existir.

La visión de la relación que tenía James distaba mucho, sin embargo, de la visión unidireccional de muchos de sus colegas que, como Wundt, auguraban una nueva etapa de la filosofía asentada sobre bases psicológicas o, como Münsterberg, colocaban la filosofía en la cima de las ciencias, como clave de bóveda del conocimiento. “Mientras que Münsterberg situaba al filósofo en la cumbre de una jerarquía absoluta de disciplinas, James colocaba a los filósofos en los intersticios del conocimiento y hacía de la filosofía --de la ‘filosofía general’-- una especie de mediación entre diversos modos de indagación. Mientras que para Münsterberg el filósofo era la élite máxima de la intelectualidad, el arquitecto que debía presidir la construcción del entero edificio del conocimiento, para James el filósofo era un mediador, una persona que debía facilitar la interacción entre toda clase de investigadores, y también entre los intelectuales y la gente corriente” (Bordogna, 2008, p. 245)

James sabe que psicología y filosofía tienen que ir unidas, sin confundirse. Porque sus dos lealtades, sus dos amores, tienen exigencias propias. Pero sabe también que se mueve en una zona indecisa, fronteriza. Y en ningún lugar se hace tan sensible esa frontera como en el tema de la voluntad.

EL EVANESCENTE TEMA DE LA VOLUNTAD

El estudio del tema de la voluntad en la psicología es labor arqueológica. “Ningún tema ha desaparecido tan completamente de la psicología moderna”, dice Deese, “como el de la voluntad. Apenas sobrevive en la corriente dominante de la psicología

durante la década de 1920, y entonces incluso quizá solo porque era una de las voces de resistencia a la revolución conductista². Esta situación es sintomática y, desde el punto de vista de James, tiene perfecto sentido. Por lo menos en la medida en que la psicología quiera ser ciencia natural.

Porque el tema de la voluntad es inseparable del tema de la libertad (*free-will*) y se sitúa en un lugar en el que la ciencia natural, por principio y método, tiene que declararse incompetente; o si considera que no hay nada fuera de su competencia (que es lo más frecuente), tiene simplemente que negarlo. El tema de la voluntad es pues eminentemente fronterizo. Por su cara filosófica, la que mira a la raíz de la libertad, es un asunto metafísico, “insoluble desde bases estrictamente psicológicas” (James, 1950, II, p. 572). Pero por su lado psicológico, como fenómeno innegable de la vida psíquica, se presta a un estudio científico natural.

Este estudio científico, psicológico, de la voluntad se plantea en James desde dos perspectivas, constantes en su psicología: una descriptivo-fenomenológica y otra explicativo-fisiológica. Pero en el tratamiento de este tema predomina la primera.

Parte del estudio de la motivación, que está asociada, según él, a todo estado representativo. Toda representación de una acción conlleva el impulso a realizarla y todo estado mental tiene un carácter impulsivo originario y radical. “Forma parte de la esencia de toda conciencia (o del proceso neurológico subyacente a ella) instar a un movimiento de cualquier tipo” (James, 1950, II, p. 551). La deliberación supone un conflicto de ideas, es decir de impulsos. Hace además una tipología de las decisiones y de las patologías de la voluntad. Pero la clave, lo esencial de la voluntad no está para James en la motivación, sino en la atención. “El logro esencial de la voluntad (...) cuando esta es más ‘voluntaria’ es atender a un objeto difícil y mantenerlo firmemente ante la mente” (*Ob. cit.*, p. 561). “El esfuerzo de atención es el fenómeno esencial de la voluntad” (*Ob. cit.*, p. 562), al que se añade a menudo, no siempre, otro fenómeno: el del “consentimiento expreso a la realidad de lo atendido”³. Y este consentimiento

2. “McDougall”, sigue diciendo Deese, “trata de ella con detenimiento en su famoso libro *Social psychology* (1908), pero apenas aparece en su posterior manual *Outline of psychology* (1924). En dicho libro apenas hay tres o cuatro páginas dedicadas al tema, y esta es casi la última mención del tema en algo que pueda llamarse propiamente un manual de psicología. Es verdad que la voluntad se mantiene en manuales pensados para escuelas católicas, y generalmente escritos por clérigos, hasta bien entrados los años 30. Sigue siendo un tema de interés en ciertos círculos filosóficos y teológicos, y en estos se centra en la enojosa cuestión del libre albedrío. Pero es muy difícil encontrar ninguna referencias a la voluntad en los manuales de psicología de los últimos cuarenta años. La voluntad ha desaparecido de la psicología oficial” (Deese, 1990, p. 295).
3. “Aunque lo primero y fundamental en la volición es la atención, a menudo interviene también *el consentimiento expreso de la realidad atendida* como fenómeno adicional y claramente distinto” (James, 1950, II, p. 568).

es, desde el punto de vista psicológico, un fenómeno irreductible: “Confieso abiertamente que soy incapaz de llevar el análisis más lejos, o de explicar con otras palabras en qué consiste el consentimiento. Parece una experiencia subjetiva *sui generis*, que podemos designar pero no definir”⁴.

Para James, en definitiva, la voluntad puede descomponerse o analizarse hasta cierto punto en un juego de motivaciones; pero el juego de las motivaciones no da cuenta de la totalidad de la voluntad; no da cuenta sobre todo de lo más específico suyo. Lo más específico suyo es la libertad. Y en ese punto es donde escapa al dominio de la psicología y empieza a ser asunto propio de la filosofía. La cuestión es si estas dos consideraciones, estos dos ámbitos, son compatibles o se excluyen.

El tema de la libertad (*free-will*) tiene que abordarse, según James, desde el punto de vista moral; que es un punto de vista ajeno a la psicología, pero no incompatible con ella. La psicología en cuanto ciencia no excluye (o no debería excluir) la libertad; lo que hace (o debería hacer) es ignorarla metódicamente. Ante el indeterminismo la ciencia simplemente debe detenerse. Y en este punto se detiene James, al abordar el tema, en los *Principles*, remitiendo a un texto filosófico suyo de 1884, *The dilemma of determinism*⁵.

Los hechos, según dicho texto, no pueden dar la razón ni al determinismo ni al indeterminismo. El dilema solo puede resolverlo cada uno por medio de una decisión o actitud personal, según se asocie a una u otra de las alternativas el “postulado de la racionalidad”. Y dicha asociación se apoya sobre bases morales, no científicas.

Según esto, el científico puede ser determinista, pero no la ciencia en cuanto tal. La ciencia en cuanto tal tiene que ser indiferente a este dilema, tiene que estar más acá de él. Porque el determinismo metódico y provisional de la ciencia está siempre limitado por el azar, que es pura negación y no puede tener, según James, desde un punto de vista rigurosamente científico, ningún valor positivo⁶.

“La psicología seguirá siendo psicología, y la ciencia ciencia”, concluye James, “en la misma medida (en la misma medida, no más) tanto si hay libertad en el mundo como si no. Sin embargo, hay que recordarle constantemente a la ciencia que sus fines

4. “Nos ocurre aquí”, sigue diciendo James, “exactamente igual que con la creencia” (James, 1950, II, p. 568). Y más adelante: “A las palabras ‘es’ (*is*) y ‘sea’ (*let it be*) corresponden peculiares actitudes de conciencia que es vano pretender explicar” (*Ob. cit.*, p. 569). Algo semejante se podría decir del deseo (cf. James, 1950, II, p. 486).

5. Texto recogido después en *The will to believe and others essays in popular philosophy* (1897).

6. “El aguijón de la palabra ‘azar’ parece residir en el supuesto de que significa algo positivo, y de que si algo ocurre por azar necesariamente tiene que ser algo de carácter intrínsecamente irracional y absurdo. Pero ‘azar’ no significa nada de eso. Es un término puramente negativo y relativo, que no nos da ninguna información acerca de aquello de lo que se predica, salvo que resulta estar desconectado de alguna otra cosa” (James, 1956b, pp. 153 y ss.).

no son los únicos, y que el orden de la causalidad uniforme en el que ella se aplica, y que por tanto tiene derecho a postular, puede estar envuelto por otro orden más amplio, sobre el que no puede tener pretensión alguna” (James, 1950, II, p. 576).

No es esta hoy ciertamente la idea dominante en la psicología. “Sigue habiendo una poderosa corriente de opinión entre la mayoría de los psicólogos según la cual, para mantener la psicología como psicología y la ciencia como ciencia, debemos insistir en que todas las acciones de los hombres están determinadas por las circunstancias del entorno. Es la visión implícita en el desplazamiento de la voluntad a la motivación” (Deese, 1990, p. 303).

James reconoce por el contrario la existencia de ambos órdenes: el de la psicología (ciencia natural) y el de la “moral” (las “ciencias morales” o humanidades). Y es consciente de su independencia. Y como quiere ser ambas cosas, psicólogo y filósofo moral, con lealtad, trata de mantener separadas las dos disciplinas. No siempre con éxito. Pero por lo general con mucha más coherencia que la legión de psicólogos que, negando radicalmente la libertad, pretenden luego, amparados en la neutralidad científica, hacer filosofía moral. El caso de Skinner es solo un ejemplo de nota entre muchos (Deese, 1990, p. 307).

EL MÉTODO DEL EMPIRISMO RADICAL

Pero por debajo de la independencia de psicología y filosofía, y haciendo posible el diálogo y la colaboración entre ambas, supone James desde el principio un mismo método intelectual. Un método que, dentro de la tradición filosófica en la que se encuentra inserto, la del empirismo anglosajón, practica naturalmente y lo conduce al funcionalismo en psicología y al pragmatismo en filosofía, y que a lo largo de toda su vida se afana en describir y definir, hasta alcanzar en 1904 la formulación de lo que llama el “empirismo radical”.

Para James, en efecto, tanto el psicólogo como el filósofo, y sean cuales sean los compromisos a que en cada momento hayan de llegar, tienen que seguir un mismo método. “La mente debe estimularse para que imagine y especule con libertad, porque su mérito, como el del mundo orgánico de Darwin, estriba en su fecundidad. Pero este derroche solo puede tolerarse porque al final la experiencia, con una navaja de Occam, se encargará de podar todo lo que sea irrelevante y superfluo. Una valiente rebelión del pensamiento, modulada por una ingeniosa o inspirada capacidad para dar en el blanco y controlada por una escrupulosa aceptación del veredicto de la experiencia: tal es la receta de James” (Perry, 1935, I, p. 563).

Es verdad que hay dos tipos básicos distintos de mentalidad: el de los que tienden a moverse entre hechos concretos, datos y experiencias prácticas, y el de los teóricos puros, más inclinados a la abstracción y a la generalización. Si hubiera que elegir

entre ambos, James lo tiene claro: “El tipo de psicología que pudiera curar un caso de melancolía, o hacer desaparecer una demencia alucinatoria crónica, debería preferirse ciertamente a la más seráfica visión de la naturaleza del alma” (James, 1920c, p. 327). Sin embargo, los dos son necesarios⁷. Y cada uno tiene su asiento y lugar propio en el trabajo intelectual. Tanto en la psicología como en la filosofía.

La clave está en que, sea cual sea la mentalidad, no se pierda nunca el contacto directo con la realidad, con la experiencia --que puede perderse aun en medio del más minucioso trabajo de laboratorio. Por un lado, toda disciplina de pensamiento, también la del filósofo, tiene que incluir la observación, el contacto, el manejo directo de la realidad que está ahí. Pero, por otro, este manejo no basta. El desagrado y desvío que sentía James hacia la experimentación no se debía solo a razones temperamentales. Se debía también al convencimiento de que más que el rutinario trabajo de laboratorio (que estaba entonces generalizándose en psicología), y antes que él, importa la elaboración de ideas. “Los resultados procedentes de todo ese trabajo de laboratorio me parecen cada vez más decepcionantes y triviales”, escribe. “Lo que más se necesitan son nuevas ideas. Por cada hombre que tiene una puede encontrar uno cien que están dispuestos a soportar pacientemente el rutinario y pesado trabajo de cualquier experimento sin importancia” (Perry, 1935, II, p. 115). Y dirigiéndose a Stumpf en 1894, dice que *L'état mental des hystériques* de Janet vale más que “todas las medidas exactas de laboratorio juntas” (Perry, 1935, II, p. 121). La psicología, según James, debía combinar la observación y la experimentación con la especulación y la reflexión, o viceversa. Y esto constituía en buena medida una novedad.

Lo específico de James es que exige a la teoría que se atenga a un empirismo radical. Su tradición intelectual, a la que en medio de sus vaivenes se mantiene fiel a lo largo de toda su vida, es el empirismo británico: de Locke, de Berkeley, de Hume. Lo acepta de buen grado, pero le parece lastrado por un pecado o error original. Y quiere reformarlo, pero desde dentro.

Como buen empirista, asume que todo conocimiento parte de la experiencia sensible para volver de nuevo a ella como tribunal inapelable. Es el esquema que subyace al funcionalismo en psicología y al pragmatismo en filosofía. Y al que James trata de dar nombre y una última formulación metafísica con su “empirismo radical”.

En 1904, en *A world of pure experience*, escribe: “Doy el nombre de ‘empirismo radical’ a mi *Weltanschauung*. El empirismo, como es sabido, es lo opuesto al racionalismo. El racionalismo tiende a poner de relieve los universales y a

7. “Debe reconocerse pues la existencia efectiva de dos mentalidades completamente distintas, con sus distintas necesidades, ambas legitimadas para el trato con la psicología; y lo único que cabe plantearse es la cuestión práctica de cómo repartir el trabajo de modo que se desperdicie lo mínimo y se obtengan los mejores resultados” (James, 1920c, p. 320).

hacer los todos anteriores a las partes tanto en el orden de la lógica como en el orden del ser. El empirismo, por el contrario, pone el acento de la explicación en la parte, el elemento, lo individual, y considera el todo como un conjunto y el universal como una abstracción. De acuerdo con esto, mi descripción de las cosas comienza por las partes y hace del todo un ser de segundo orden” (1996, p. 41-42). El error del empirismo tradicional estaría, sin embargo, en hacer de la prioridad algo exclusivo, absoluto. En rechazar el carácter experiencial de los todos. Una limitación en el fondo compartida tanto por el empirismo como por el racionalismo.

Él propone por el contrario un empirismo coherente, radical: “Para ser radical, un empirismo no debe ni admitir en sus construcciones ningún elemento que no sea directamente experimentado ni excluir de ellas ningún elemento que sea directamente experimentado. Para tal filosofía, *las relaciones que conectan experiencias han de ser ellas mismas relaciones experimentadas, y cualquier tipo de relación experimentada ha de ser considerada tan real como cualquier otra cosa dentro del sistema*” (James, 1996, p. 42). Algo muy diferente de lo que hace el racionalismo, que considera las relaciones conjuntivas, los todos, “de un modo supramundano, como si la unidad de las cosas y su variedad pertenecieran a órdenes enteramente diferentes de verdad y vitalidad” (*Ob. cit.*, p. 44).

Hay en las declaraciones de James una cierta vacilación. En el prólogo a la edición italiana de sus *Principles* escribe: “En lugar de partir de los supuestos elementos de la mente (que son siempre abstracciones), para ir poco a poco construyendo, he tratado de mantener al lector en contacto, a lo largo de tantos capítulos como me ha sido posible, con la unidad consciente real que todos nosotros, en todo momento, sentimos ser” (Perry, 1935, II, p. 54). Lo cierto es que tanto los todos como las partes son abstracciones de una unidad vital, y no hay razón, desde una actitud radicalmente empirista, para privilegiar unas sobre otros.

CRÍTICA Y MEDIACIÓN

Sea cual sea el punto de partida, hay entre filosofía y ciencia en James, entre el modo de pensamiento que una y otra representan, una especie de circularidad: la filosofía supone la ciencia, y la ciencia a su vez la filosofía; no hay una precedencia absoluta de una respecto de la otra. Por eso James no pasó nunca de una a otra ni abandonó ninguna por completo: fue siempre, con distinto énfasis, psicólogo y metafísico. Y no pudo aceptar nunca la visión de su relación defendida por su patrocinado primero y luego adversario Münsterberg, para quien la filosofía se situaba, como hemos visto, en la cumbre de una jerarquía desde la que tenía como función ordenar el mundo y el resto de las disciplinas. Para James, el filósofo no se encuentra en ninguna cumbre

sino en los intersticios del conocimiento, y no es gobernador ni arquitecto sino mediador (Bordogna, 2008, pp. 245 y ss.).

Primero pensó que, antes de llevar a cabo su tarea la filosofía, la psicología tenía que completar su labor. Luego pensó que la filosofía era el único medio por el que la psicología podía alcanzar la emancipación que deseaba y necesitaba. No era un ejemplo más de la fluctuación, al parecer endógena, del carácter de James. Era consecuencia del círculo a que nos referimos. “La metafísica”, vimos que decía James en el *Briefer course*, “es solo un esfuerzo inusualmente obstinado por pensar con claridad y coherencia”. Por eso precede y sigue al mismo tiempo a la ciencia.

La precede como crítica y la sigue como mediación y síntesis. Y vuelta a empezar. Es un círculo que tiene mucho que ver con la labor analítica y sintética del pensamiento. La labor analítica y crítica se ejerce fundamentalmente en los inicios de las ciencias --y en los cambios de paradigma. Es la situación en la que, según James, se encuentra la psicología en su tiempo, “la situación de la física antes de Galileo y las leyes del movimiento”. Luego vendrá el tiempo de la mediación y la síntesis: “cuando dicha ciencia se haya formado, el cuerpo entero de sus conclusiones será presa de la reflexión filosófica”.

James, lo hemos visto, no confundía filosofía y psicología, ni reducía una a otra. Las consideraba dos momentos distintos, no mutuamente excluyentes, de un único pensamiento: *Both are just man thinking, by every means in his power* (Perry, 1935, II, p. 442). Tan justificada está para él una psicología de la filosofía como una filosofía de la psicología⁸.

Solo la aversión y desvío propio de ciencias adolescentes (la psicología y, más aún, la sociología) explica la frecuente alergia al diálogo. La decana, y modelo, de las ciencias modernas, la física, hace tiempo que superó esos complejos adolescentes. A fin de cuentas, la gran revolución de la física contemporánea se ha debido en gran medida a que no ha eludido afrontar las implicaciones filosóficas de sus teorías⁹.

También en psicología, los creadores de paradigmas han tenido que habérselas, *velis nolis*, cortando a veces arduos nudos gordianos (Freud, Watson, el moderno paradigma de las neurociencias), con problemas filosóficos.

8. En el ámbito de la primera estaría *The sentiment of rationality*, publicado por James 1879 y que describe como “el primer capítulo de una obra de psicología sobre los motivos que llevan al hombre a filosofar”. Estudio al que se añadirían luego *Reflex action and theism* (1881) y *Rationality, activity and faith* (1882). En el ámbito de la segunda se situaría, por ejemplo, el seminario impartido por James en 1897-98 sobre *Philosophical problems of psychology* (Perry, 1935, II, pp. 367 y ss.).
9. Así lo reconoce, por ejemplo, Pascual Jordan cuando habla de “la inspiración que presta a la física moderna su particular carácter filosófico y que ha hecho posible los logros de su visión revolucionaria” (*La física del siglo XX*, FCE, México-Buenos Aires 1950, p. 9 [orig., 1938]).

En cualquier caso, como dice Pinillos en sus *Principios de psicología*, “evitando incurrir en la ingenuidad de esperar de la filosofía la solución de sus problemas científicos, el psicólogo debe estar dispuesto a dialogar con ella para que, de cuando en cuando, le recuerde por lo menos que el gran enigma de la mente dista mucho de haber sido resuelto” (Pinillos, 1981, p. 103).

REFERENCIAS

- Bordogna, F. (2008). *William James at the boundaries: philosophy, science, and the geography of knowledge*. Chicago: University of Chicago Press.
- James, W. (1920a). Quelques considérations sur la méthode subjective (orig. 1878). En *Collected essays and reviews by William James* (pp. 69-82). Londres: Longmans, Green and Co.
- James, W. (1920b). The sentiment of rationality (orig. 1879). En *Collected essays and reviews by William James* (pp. 83-136). Londres: Longmans, Green and Co.
- James, W. (1920c). A plea for psychology as a ‘natural science’ (orig. 1892). En *Collected essays and reviews by William James* (pp. 316-327). Londres: Longmans, Green and Co.
- James, W. (1950). *Principles of psychology*, 2 vols. Nueva York: Dorver Publications, Inc. (orig. 1890)
- James, W. (1956a). The sentiment of rationality (orig. 1897). En *The will to believe and other essays in popular philosophy* (pp. 63-110). Nueva York: Dover Publications, Inc.
- James, W. (1956b). The dilemma of determinism (orig. 1884). En *The will to believe and other essays in popular philosophy* (pp. 145-183). Nueva York: Dover Publications, Inc.
- James, W. (1996). A world of pure experience (orig. 1904). En *Essays in radical empiricism* (pp. 39-91). Lincoln - Londres: University of Nebraska Press.
- James, W. (2001). *Psychology: The briefer course*. Mineola (NY): Dover Publications, Inc. (orig. 1892)
- Deese (1990). James on the will. En M.G. Johnson y T.B Henley (Eds.), *Reflections on “The principles of psychology”: William James after a century* (pp. 295-309). Hillsdale (NJ): Lawrence Erlbaum Associates.
- Jordan, P. (1950). *La física del siglo XX*. México-Buenos Aires: FCE (orig., 1938).
- Padilla, J. (2010). El origen del diálogo entre ciencia y filosofía. *Cuenta y Razón*, 14 (marzo-abril), 39-43
- Perry, R.B. (1935). *The thought and character of William James*, 2 vols. Boston - Toronto: Little, Brown and Company.
- Pinillos, J.L. (1981). *Principios de psicología*. Madrid: Alianza Editorial (orig. 1975).

- Robinson, D. N. (1980). *Psychology and the law: Can justice survive the social sciences?* Nueva York: Oxford University Press.
- Robinson, D. N. (1985). *Philosophy of psychology*. Nueva York: Columbia University Press.
- Skrupskelis, I. K. (1977). *William James: a reference guide*. Boston: G.K. Hall.
- Wilshire, B. (1968). *William James and phenomenology: a study of "The principles of psychology"*. Bloomington, Londres: Indiana University Press.

Artículo recibido: 22-06-10

Artículo aceptado: 01-09-10